

CÉSAR CHAPARRO, JOSÉ JULIO GARCÍA,
JOSÉ ROSO y JESÚS UREÑA
(Eds.)

PAISAJES EMBLEMÁTICOS:
LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN SIMBÓLICA
EN EUROPA Y AMÉRICA

Editora Regional de Extremadura
MÉRIDA, 2008

© De los autores.

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Cultura y Turismo

EDITORIA REGIONAL DE EXTREMADURA

C/ Almendralejo, 47 • 06800 MÉRIDA

I.S.B.N.:

978-84-9852-069-9 (Obra completa)

978-84-9852-070-5 (Tomo I)

978-84-9852-071-2 (Tomo II)

Depósito legal (Tomo I): BA-154-2008

Depósito legal (Tomo II): BA-155-2008

Preimpresión: XXI Estudio Gráfico (Puebla de la Calzada)

Impresión: Indugráfíc Artes Gráficas (Badajoz)

ÍNDICE

TOMO I

PALABRAS LIMINARES	13
Sagrario López Poza, <i>Linajes de aguda invención figurada: Las empresas</i>	17
Fernando Rodríguez de la Flor, <i>Las esferas del poder: Emblemática y nueva ética cortesana entre 1599 y 1610</i>	65
César Chaparro Gómez, <i>Diego Valadés y Matteo Ricci: Predicación y artes de la memoria</i>	99
EMBLEMÁTICA E IMPRENTA	131
Víctor Infantes de Miguel, <i>Marginalia emblemática (I). Julio Fontana: Un programa (bio)gráfico y literario de devoción mariana</i>	133
Rosa Margarita Cacheda Barreiro, <i>La imagen alegórica de la ciudad. Una aproximación iconográfica a las ciudades de Cuenca, Mérida y Segovia</i>	165
Ana Martínez Pereira, <i>La emblemática tardía en Portugal: Manifestaciones manuscritas</i>	181
José Roso Díaz, <i>La sátira teriomórfica de la jerarquía eclesiástica en los libros y panfletos de tiempo de la Reforma</i>	199

EMBLEMÁTICA Y LITERATURA	213
Antonio Bernat Vistarini y Tamás Sajó, Imago Veritatis. <i>La circulación de la imagen simbólica entre fábula y emblema</i>	215
Alejandrina Alcántara Ramírez, <i>La ciudad de México emblematizada en la Loa sacramental en metáphora de las calles de México (1635) de Pedro de Marmolejo</i> ...	249
M ^a Dolores Alonso Rey, <i>Iconografía cristiana y emblemas escénicos en los autos sacramentales de Calderón de la Barca</i>	269
Maria Helena de Teves Costa Ureña Prieto, <i>A recepção da emblemática de Alciato na obra de Luís de Camões</i> ...	281
Rafael Zafra Molina, <i>Los emblemas de Covarrubias en su Tesoro</i>	291
EMBLEMÁTICA FESTIVA Y CULTURA SIMBÓLICA	303
José Manuel Alves Tedim, <i>Festa e emblemática em Portugal no tempo de D. João V</i>	305
Rubem Amaral Jr., <i>Programa emblemático do recebimento das santas relíquias na igreja de S. Roque, em Lisboa (1588)</i>	317
José Javier Azanza López, <i>Jeroglíficos en las exequias pamplonesas de una reina portuguesa: Bárbara de Braganza (1758)</i>	339
Antonio Espigares Pinilla, <i>Función política de las letras y jeroglíficos en las exequias del príncipe Don Carlos y de Isabel de Valois en Madrid (1568)</i>	361
Luis Robledo Estaire, <i>Emblemas cantados en la España del Barroco</i>	375
Teresa Zapata Fernández de la Hoz, <i>La entrada en Pavía de Mariana de Austria. Emblemas y alegorías</i> .	395

TOMO II

EMBLEMÁTICA Y ARTES PLÁSTICAS	437
José Miguel Morales Folguera,	
<i>La influencia de los modelos emblemáticos</i>	
<i>en el arte de la Nueva España</i>	
439	
M ^a Adelaida Allo Manero,	
<i>Antonio Palomino y las exequias reales de M^a Luisa de Orleáns</i>	
457	
Antonio Aguayo Cobo,	
<i>La capilla de Gracias en el convento de Santo Domingo.</i>	
<i>Un ejemplo de síntesis cultural</i>	
477	
Francesc Benlliure Moreno,	
<i>La emblemática en el castillo de Castelldefels</i>	
499	
Patricia Andrés González,	
<i>Emblemática y orfebrería en Castilla y León:</i>	
<i>La custodia de Juan de Arfe en la Catedral de Valladolid</i>	
517	
Ana Diéguez Rodríguez y Eloy González Martínez,	
<i>Dos imágenes del amor para Felipe IV: Guido Reni y Guercino</i>	
535	
Sergi Domènech García,	
<i>David Músico. A propósito del órgano de Alcalà de Xivert</i>	
553	
Juan Francisco Esteban Lorente,	
<i>El dulcísimo nombre de Jesús, por El Greco</i>	
571	
Joan Feliu Franch,	
<i>Comunismo de porcelana.</i>	
<i>Diseños revolucionarios rusos en soporte cerámico</i>	
585	
M ^a Celia Fontana Calvo,	
<i>Textos e imágenes alegóricas en las capillas de la familia Lastanosa</i> ...	
601	
Borja Franco Llopis,	
<i>Nuevas aportaciones a la iconografía</i>	
<i>de los instrumentos musicales en la pintura de Francisco Ribalta</i>	
619	
Pilar Mogollón Cano-Cortés y José Julio García Arranz,	
<i>Un programa emblemático en la sacristía de la parroquia</i>	
<i>de Nuestra Señora de la Armentera (Cabeza del Buey, Badajoz)</i>	
635	

Mar Moreno Bascañana, <i>La imagen simbólica de la Virgen de los Dolores: Construcción de un culto y su evolución iconográfica</i>	657
Rocío Olivares Zorrilla, <i>Nuevas consideraciones sobre el emblematismo de la Casa del Deán, en Puebla de los Ángeles</i>	671
Karina Ruiz Cuevas, <i>El dulce nombre de María como emblema y motivo iconográfico en la pintura Novohispana: El lienzo del convento de San Bernardo de la ciudad de México</i>	687
José Enrique Viola Nevado, <i>El mapa teriomórfico: Entre la cartografía y el test de Rorschach</i>	701
Luis Vives-Ferrándiz Sánchez, <i>La construcción de la imagen de San Luis Bertrán en Valencia</i>	715
Vicent F. Zuriaga Senent, <i>San Pedro Nolasco 1628: Empresas, emblemas y alegorías para una canonización</i>	733
EMBLEMÁTICA Y HUMANISMO	757
Francisco J. Talavera Estesos, <i>Sentido y origen de los Hieroglyphica de Pierio Valeriano a la luz de sus textos prologales</i>	759
M ^a del Mar Agudo Romeo, <i>La influencia de Vincenzo Cartari en los Emblemas morales de Juan de Horozco</i>	785
Ana M ^a Aldama Roy, <i>Augusto y la Sibila: Análisis del emblema II de Juan de Solórzano</i> ...	805
Beatriz Antón Martínez, <i>El binomio mujer virtuosa / mujer perversa en los Emblemata (Amberes, 1565) de Adriano Junio</i>	825
M ^a Dolores Castro Jiménez, <i>El dios romano Conso en el emblema XLVII de Juan de Solórzano</i> ...	849

Javier Espino Martín, <i>La influencia de la literatura emblemática en la gramática jesuítica latina del siglo XVII</i>	869
M ^a Paz López-Peláez Casellas, <i>El buen gobernante como músico: Una aproximación al mito de Orfeo</i>	883
Manuel Mañas Núñez, <i>Filosofía moral en los comentarios de Diego López a los Emblemas de Alciato</i>	895
Luis Merino Jerez, <i>Fuentes emblemáticas en los Diálogos de Frei Amador Arraiz (Coimbra, 1604)</i>	913
Carlos Pérez González, <i>El De laudibus Sanctae Crucis de Rabano Mauro: La simbología de sus Carmina figurata</i>	925
Gema Senés Rodríguez y Victoria Eugenia Rodríguez Martín, <i>La imagen simbólica del “Basiliscus” según los Hieroglyphica de Pierio Valeriano</i>	943

FILOSOFÍA MORAL EN LOS COMENTARIOS DE DIEGO LÓPEZ A LOS *EMBLEMAS* DE ALCIATO

MANUEL MAÑAS NÚÑEZ

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

1. DIEGO LÓPEZ, DISCÍPULO DEL BROCENSE

Maestro de Latinidad, poeta, traductor y gramático, Diego López, “natural de Valencia, de la orden de Alcántara”, como él mismo dice en las portadas de algunos de sus libros, nació en Valencia de Alcántara (Cáceres) en un año indeterminado de la segunda mitad del siglo XVI y murió también en lugar y fecha inciertos durante el segundo tercio del siglo XVII. Sus estudios los realiza en la Universidad de Salamanca como discípulo del Brocense y su carrera profesional se desarrolla fuera de las aulas universitarias, pues durante los años 1600 al 1631 estuvo como preceptor y maestro de latinidad en distintas poblaciones menores. En 1600, fecha de su traducción de Virgilio, se halla como preceptor en Olmedo; en ese mismo año marcha a Cáceres para desempeñar ese mismo oficio; en 1610 se encuentra ya en Santo Domingo de la Calzada, ocupando el cargo de catedrático de Latinidad y Letras Humanas, según reza en la portada de su obra *Comento en defensa del libro quarto del Arte de Gramática del Maestro Antonio de Nebrija*; en 1615 ocupa ese mismo puesto en Toro, según nos dice él mismo en el prólogo de sus comentarios a los *Emblemas* de Alciato; en 1631 lo encontramos en Mérida, localidad en la que permanece hasta 1642, según nos informan las portadas de sus dos últimas obras atestiguadas (la traducción y comentario de Valerio Máximo y la *Declaración magistral de las Sátiras de Juvenal y Persio*). Según Nicolás Antonio, Diego López regresó a Toro, donde se encontraría en 1652 dictando lecciones a los hijos de los ciudadanos principales.

Fue Diego López uno de los humanistas más señeros de la España de la primera mitad del siglo XVII, destacando sobre todo en sus trabajos de traducción y comentario de los clásicos. Especialmente importante es su traducción de las

obras completas de Virgilio, pues es por esta versión por la que la inmensa mayoría de lectores del siglo XVII y aun del XVIII conocen al poeta de Mantua. Su obra, no obstante, casi siempre bajo la estela de las enseñanzas, publicaciones y doctrinas de su maestro Francisco Sánchez de las Brozas, es amplia.

Parece que el primer trabajo realizado por este humanista valentino fueron *Las obras de Publio Virgilio Marón* (Valladolid, 1601), una traducción española de las obras de Virgilio con comentarios que afectan a las *Églogas* y a las *Geórgicas*, muy dependientes los primeros de los del Brocense.

En 1609 publica, siguiendo también la senda de su maestro, una traducción comentada de las difíciles *Sátiras* de Persio: *Aulo Persio traducido en lengua castellana* (Burgos, 1609). Y un año después aparece su famoso *Comento en defensa del libro quarto del Arte de Gramática del maestro Antonio de Nebrija* (Salamanca, 1610), donde aprovecha el libro que Nebrija dedica a la Sintaxis para introducir las innovadoras doctrinas sintácticas del Brocense, pues sabido es que por Cédula Real de 1600 se había impuesto oficialmente el uso del *Arte* de Nebrija como libro de texto para el estudio de la gramática, prohibiéndose así para estos menesteres la utilización de la *Minerva* del Brocense o de cualquier otra gramática. En 1613 publica en Madrid una *Declaración magistral sobre las sátiras de Juvenal* y en 1615, también fiel a su maestro Sánchez, otra *Declaración magistral sobre los Emblemas de Alciato* (Nájera, 1615). Bastantes años más tarde, en 1631, sale a la luz su obra *Los nueve libros de los exemplos y virtudes morales de Valerio Máximo* (Sevilla, 1631).

Además de estas traducciones y comentarios, que son fruto de sus actividades docentes como maestro de Latinidad, Diego López destaca también como poeta con varias composiciones en versos latinos. Su poema más importante, por extensión y por aspiraciones literarias, es la epístola que compone en alabanza de su patria chica, Valencia de Alcántara (*De laudibus Valentiae*), un volumen de ocho folios que contiene más de 400 hexámetros latinos. Asimismo, en relación con su estancia en Mérida, tenemos un poema que dedicó a D. Bernabé Moreno de Vargas celebrando la publicación de su *Historia de la ciudad de Mérida* y que aparece al inicio de la misma; nos ha llegado también otra composición dedicada al mismo Moreno de Vargas con motivo de la edición que realiza de las *Vitas sanctorum patrum emeritensium* en 1633; es, igualmente, autor

de una égloga latina compuesta en honor de su maestro, El Brocense, y escrita según el patrón de la *Égloga V* de Virgilio, intentando así, mediante esta poesía funeraria, rehabilitar el buen nombre del Brocense; lleva por título *Daphnis ecloga. Auctore Didaco Lopez* y, aunque no se nos conserva entera, por los fragmentos que poseemos sabemos que en esta égloga Dafnis, héroe pastoril siciliano cuya muerte y transfiguración canta Virgilio, encarnaba alegóricamente al Brocense.

Como se puede apreciar, el humanista extremeño Diego López es, ante todo, un maestro de Latinidad de enseñanzas medias, no universitarias, cuyos desvelos, aparte de sus ocasionales incursiones poéticas, se centran en la gramática latina y en la traducción e interpretación de textos latinos clásicos y humanísticos, es decir, es un filólogo en el sentido más amplio de la palabra. Y es que en su obra se detectan dos empeños básicos: primeramente, defender y divulgar las doctrinas de su maestro Francisco Sánchez de las Brozas; en segundo lugar, hacer accesible a un gran público, preferentemente a un público estudiantil, los textos de los grandes autores clásicos y humanísticos, pues sus traducciones y comentarios se caracterizan por sus altas dosis de didactismo¹.

Dentro de esta labor de divulgación mediante traducciones y comentarios de corte didáctico, pero sin faltar nunca al rigor filológico heredado de su maestro El Brocense, se debe incluir su antedicha *Declaración magistral sobre las Emblemas de Andrés Alciato con todas las Historias, Antigüedades, Moralidad y Doctrina tocante a las buenas costumbres* (Nájera, Juan de Mongastón, 1615).

1. La bibliografía que tenemos sobre la vida y obra de Diego López no es abundante. Cf. A. Rodríguez Moñino, "Un traductor extremeño de Virgilio en el siglo XVII, el maestro Diego López", *Revista del Centro de Estudios Extremeños* IV (1930), pp. 195-210 (también en su libro *Curiosidades bibliográficas*, Madrid, 1946, pp. 136-146); L. Merino Jerez, "Nota a la poesía latina del humanista extremeño Diego López", *Anuario de Estudios Filológicos* X (1987), pp. 229-244; *idem*, "Diego López o la presencia de la *Minerva* en el *Arte reformado* de Nebrija", en *Actas del Simposio Internacional IV Centenario de la publicación de la Minerva del Brocense*, Cáceres, Institución Cultural el Brocense, 1989, pp. 189-201; J.A. Izquierdo Izquierdo, *Diego López o el Virgilianismo español en la escuela del Brocense*, Cáceres, Institución Cultural El Brocense, 1989; Pedro F. Campa, "Diego López's Declaración magistral de las emblemas de Alciato: The View of a Seventeenth-Century Spanish Humanist", P. Daly (ed.), *Andrea Alciato and the Emblem Tradition: Essays in Honor Of Virginia Woods Callahan*, New Cork, AMS Press, 1989, pp. 223-248; C. Chaparro Gómez, "Actualidad científica de los humanistas extremeños (Francisco Sánchez de las Brozas, Benito Arias Montano y Diego López)", *Anuario de Estudios Filológicos* XVI (1993), pp. 59-70; G. Morcillo Expósito, *La gramática de Diego López*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2002; C. Chaparro Gómez y M. Mañas Núñez, *Humanistas extremeños*, Barcelona, Ediciones·94, S.C., 2003, pp. 53-72.

Este es el título completo de sus comentarios a Alciato. Si atendemos a tal título, podemos adivinar que sus comentarios se centran, por un lado, en explicar aspectos de *realia* y en descifrar las fuentes usadas por Alciato; por otro lado, Diego López se detiene en aclarar las doctrinas éticas y morales que, a su entender, contienen los *Emblemas* de Alciato. Y para ambas tareas se sirve profusamente de las enseñanzas del Maestro –como él le llama–, es decir, del Brocense. En efecto, para su labor de fijación de las fuentes y de explicación de los aspectos de *realia*, López sigue fielmente los *Commentaria in Andreae Alciati emblemata*, pudiéndose afirmar que en la *Declaración* de López se encuentran traducidos al español prácticamente todos los comentarios del Brocense. Pero, además, el humanista valentino introduce en su obra numerosos añadidos con altas dosis de moralidad, añadidos ausentes en los *Commentaria* del Brocense y que, a primera vista, parecen salidos del propio ingenio de López. Se trata de moralidades que aparentemente se desprenden de los propios *Emblemas* de Alciato y así nos las presenta Diego López. Sin embargo, creemos que tales contenidos y doctrinas morales, de índole claramente neoestoica, beben también directamente de la fuente de su maestro Sánchez, aunque, en este caso, la obra sanctiana de donde extrae todas sus enseñanzas morales es la traducción y comentarios que El Brocense publicó en 1600 con el título *Doctrina del estoico filósofo Epicteto, que se llama comúnmente Enchiridión*, obrita con la que El Brocense introducía definitivamente en la España del siglo XVII el neoestoicismo, la corriente filosófica reinante en la España del primer tercio del siglo XVII. Si de esa obrita bebieron fructíferamente Gonzalo Correa y Quevedo, entre otros², también Diego López la utiliza y se sirve de ella a la hora de añadir a su *Declaración* las moralidades, que como veremos son todas de raíz neoestoica y fácilmente localizables en el *Epicteto* del Brocense.

2. NEOESTOICISMO SANCTIANO EN LA *DECLARACIÓN* MAGISTRAL

Diego López observa, habitualmente, un mismo proceder con cada uno de los Emblemas de Alciato: suele comenzar resumiendo en pocas líneas el contenido

2. Cf. M. Mañas Núñez, “Neoestoicismo español: el Brocense en Correas y Quevedo”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 23.2 (2003), pp. 403-422.

y significado del emblema en cuestión; seguir luego con la lectura literal y la traducción del texto latino, con la explicación de todos los asuntos de *realia* y con la adición de las distintas fuentes que inspiraron a Alciato; y concluir cada comentario con lo que suele llevar al margen el título de “moralidad de la emblema”. Mientras que en el cuerpo central de cada “declaración” López sigue muy fielmente casi todos los comentarios del Maestro, como él mismo le denomina, es en los preliminares y en la parte conclusiva donde se incluyen los contenidos morales, usando para ello en muchas ocasiones el *Epicteto* del Brocense.

Que Diego López conoce y admira la traducción y comentarios que El Brocense hizo del *Manual* de Epicteto lo comprobamos en la declaración al emblema 34 de Alciato. En efecto, comentando la máxima estoica *sustine et abstine*, que Aulo Gelio atribuía a Epicteto, Diego López confiesa lo siguiente:

Epicteto fue un philósopho stoyco, natural de Hieropolo de Phrigia, las costumbres y vidas del cual causaron tan grande admiración que se asombraron todos de ellas. Escrivió un librico muy provechoso, el qual traduxo el Maestro, con un commento en Castellano, tan lleno de buena doctrina quanto se puede ver en él³.

Diego López, por tanto, conoce y admira las doctrinas estoicas del *Manual* de Epicteto y la traducción comentada que maneja es la de su admirado maestro Sánchez de las Brozas. Veamos algunos ejemplos significativos de cómo introduce en su *Declaración* las ideas neostoicas que El Brocense difunde en su “commento” de Epicteto.

Sabido es que uno de los presupuestos capitales del estoico Epicteto, según arranca precisamente su *Manual*, es la doble clasificación de las cosas en aquellas que “dependen de nosotros” y aquellas otras que “no dependen de nosotros”, es decir, aquellas que son responsabilidad nuestra y aquellas que son ajenas a nosotros. Entre las cosas que dependen de nosotros Epicteto incluye “juicio, impulso, deseo, aversión y, en una palabra, cuantas son nuestras acciones”; en cambio, no depende de nosotros “el cuerpo, la riqueza, honras, pues-

3. D. López, *Declaración*, ff.121r-v (seguimos la edición de Nájera, 1615).

tos de mando y, en una palabra, todo cuanto no son nuestras propias acciones”⁴. El hombre, en fin, sólo puede ser genuinamente libre y feliz si, dejando de lado las cosas ajenas a nosotros, opta conforme a razón por las cosas que dependen de nosotros y se mantiene virtuoso y honesto ejercitándose en alcanzar la perfecta armonía racional. Tal doctrina estoica es la que recoge Diego López en su declaración del emblema 5: *Sapientia humana stultitia est apud Deum* (“La sabiduría humana es necedad ante Dios”); en efecto, explicando el significado moral de la figura medio hombre-medio serpiente que aparece en el grabado, dice López lo siguiente:

De estas palabras avemos de sacar la moralidad desta figura y Emblema, la qual es desta manera: por este monstruo, el qual ni del todo es hombre ni del todo serpiente, son significados aquellos que, formados de Dios con el ánima participante de razón, solamente procuran las cosas humanas y terrenas y menosprecian la mejor condición que es el ánima racional. Y assí andan arrastrando por tierra y degeneran bolviéndose en fieras, y assí este monstruo no se acaba en hombre ni comienza en fiera, significando los hombres que no miran el fin para el qual fueron criados, ocupándose solamente en las cosas de tierra, que son caducas y perecederas. Porque los tales son indignos de ser llamados hombres, porque solamente tienen cuydado de las cosas terrenas y se olvidan de las celestiales y tienen solamente por su Dios al vientre, porque carecen de aquello con lo qual los demás hombres se diferencian de los animales brutos y incapazes de razón, que es de la religión, en la qual los hombres prudentes y los que son verdaderos hombres ponen el sumo bien. Porque aunque es verdad que el hombre es una verdadera imagen de Dios, de tal manera se puede abatir a las cosas humanas, que se pueda contar en el número de las bestias... Avemos de notar que aquí se reprehende la humana sabiduría que carece de religión, porque una se deve ligar con la otra, porque la religión verdadera sin sabiduría no se deve tener sino por superstición y la sabiduría sin religión es pura necedad⁵.

4. Epict., *Ench.* 1.1 (traducción de J. M. García de la Mora, *Epicteto, Enquiridión*, Barcelona, Anthropos, 1991).

5. D. López, *Op. Cit.*, ff. 25v-26v.

Como comprobamos, tenemos aquí expuesta en castellano la auténtica *eudaimonía* del sabio estoico, esa disposición interior en la que, a partir de la armonía del alma y de la conciencia de cumplir una misión señalada por Dios, brota la alegría⁶. El sabio estoico vive feliz y libre al seguir los dictados de la razón-naturaleza propia del hombre; fija su atención en los llamados “bienes del ánimo”, que son los que dependen de nosotros, y desecha como ajenos los “bienes de fortuna y del cuerpo”, en la idea de que está en nuestra mano ser libres o esclavos, según optemos por unos u otros bienes; los bienes del alma (racionales) son los que nos hacen auténticos hombres, mientras que los bienes de fortuna y corporales (irracionales) nos asemejan a los brutos animales. El Brocense, de donde creemos que Diego López toma sus moralidades estoicas fundidas con las doctrinas cristianas (lo que se denomina neoestoicismo), lo explica así en la anotación correspondiente al capítulo primero de su *Epicteto*:

Por tanto, Epicteto entra dividiendo todas las cosas que podemos pretender en dos classes, diciendo: de todas las cosas que ay, unas están en nuestra mano y albedrío, otras en agena voluntad y mandado. Las que son propias nuestras se llaman bienes del ánimo, como opiniones, apetitos, acometimientos, declinar cosas, confianzas, esperanzas, desseos y los demás afectos, que éstas propriamente se llaman obras nuestras, porque tienen en nuestros ánimos sus raíces. Los bienes de fortuna y los bienes del cuerpo son verdaderamente agenos, como el mismo cuerpo y las possessiones, glorias, honras, principados, amistades, clientelas, favores, gracia, hermosura, velocidad, eloquencia, vitorias, amigos, muger, hijos, siervos y, en fin, todo lo que no es obra nuestra. De modo que si las cosas internas con diligencia, estudio y arte estuvieren bien reformadas, instituidas y correctas, serán causa, raíz y fundamento de alcanzar esta perfecta felicidad y descanso. Por tanto, en solas estas, dejando las agenas, nos devemos ocupar... Muéstrase en este capítulo cómo está en tu mano ser siervo o libre, porque sabiendo lo que se deve a cada cosa y en quanto es bien que se siga, mucho será de culpar el que tomare lo falso por verdadero y lo verdadero por lo falso; y no ay mayor ceguedad ni aun mayor miseria y cautividad que la que se causa en el

6. Cf. M. Pohlenz, *Die Stoa. Geschichte einer geistigen Bewegung*, Göttingen, 1948-49, I, p. 111.

ánimo. La verdadera sapiencia consiste en juzgar incorruptamente de las cosas, no confundiendo el ser que a cada cosa es debido⁷.

Y el propio Brocense, como luego haría López, pone en contacto la auténtica sabiduría con la religión cristiana, sentenciando en el comentario del capítulo XXI de su *Epicteto* que:

la verdadera philosophía, como la religión, no promete honras, mandos, ni riquezas, que son cosas perecederas, y no están en nuestra mano, sino verdadera libertad y descanso⁸.

Los estoicos, asimismo, apreciaron y recomendaron el “silencio” como medio de interiorismo, concentración y dominio de uno mismo, de distanciamiento de las cosas exteriores y ajenas a nosotros y como vía necesaria para las rectas y prudentes decisiones. Así lo afirma Epicteto (*Manual* 33.2) en traducción del Brocense:

Téngase gran cuenta con el silencio y poco hablar; dígase no más de lo necesario y esto con pocas palabras; y si ya la ocasión nos combida a hablar, no sea la plática vulgar, de los gradadores, de la carrera de cavallos, de los luchadores, de los banquetes. De los hombres cumple hablar poco, aunque sea loándolos, quanto más vituperándolos, o haciendo de ellos comparación a otros⁹.

El silencio, en efecto, fue siempre un valor muy estimado dentro de toda la tradición sapiencial, ascética y meditativa. Recuérdese, por ejemplo, los requisitos que Pitágoras exigía a sus discípulos y las pruebas de silencio a las que los sometía para ingresar y ser aceptados en su escuela filosófica. Aulo Gelio nos lo relata con todo lujo de detalles:

7. F. Sánchez, *Doctrina del estoico filósofo Epicteto*, pp. 514-515 (seguimos la edición de G. Mayans, *F. Sanctii Brocensis Opera omnia*, Genevae, apud Fratres de Tourmes, 1766, vol. III).

8. F. Sánchez, *Op. Cit.*, pp. 548.

9. F. Sánchez, *Op. Cit.*, pp. 563, correspondiente a Epict., *Manual* 33.2.

Cuando había encontrado a una persona idónea, entonces Pitágoras le hacía ingresar en su escuela y le ordenaba guardar silencio durante un determinado espacio de tiempo, tiempo que no era el mismo para todos, sino diferente en cada caso, según las capacidades de cada uno. El discípulo que guardaba silencio escuchaba las lecciones que los demás dictaban, pero no podía preguntar las dudas que tuviera, ni tampoco tomar apuntes de lo que había escuchado. Nadie pasó nunca menos de dos años en silencio. Estos discípulos, mientras sólo guardaban silencio y escuchaban, eran llamados “oyentes”. Pero, cuando ya habían aprendido las dos cosas más difíciles del mundo, esto es, a callar y a escuchar, y cuando ya habían comenzado a estar instruidos en el silencio, virtud a la que llamaban “discreción”, entonces podían ya hablar, preguntar, tomar apuntes de lo que habían escuchado y exponer cada cual su propia opinión. Entonces se les denominaba ya “matemáticos”¹⁰.

Pero también los estoicos, herederos directos de la profundidad oracular de Heráclito y siguiendo los consejos y preceptos del fundador de la escuela, Zenón, fueron siempre partidarios de la contención, la sobriedad y el laconismo, muy acorde con el ideal de la *areté* espartana. Los estoicos, en efecto, eran partidarios de “hablar sólo lo necesario, con brevedad y concisión”, de ahí que el estilo de sus escritos encuentre su forma ideal en las *sententiae*, los retruécanos y las paradojas; fueron los estoicos, sin duda, precursores de nuestros escritores conceptistas del Barroco.

El silencio, asimismo, es una virtud muy ponderada en los escritos sagrados. Recuérdese lo que dice el apóstol Santiago (1.19): “Sea todo hombre presto y fácil para oír y tardo para hablar”; lo que leemos en el *Eclesiastés* (3.7): “Hay tiempo de callar y tiempo de hablar”; la petición del Salmista (*Psal.* 140.3): “¡Poned, Señor, guarda a mi boca y puerta de discreción a mis labios!”; y la pregunta que formula el Sabio (*Ecc.* 22.33): “¿Quién dará custodia a mi boca y pondrá sello en mis labios, para que no venga a caer por ellos y mi propia lengua me condene?”.

10. Gell. 1.9.3-5.

El silencio, por tanto, es una virtud muy valorada en la Antigüedad, tanto en la filosofía antigua, especialmente en las escuelas pitagórica y estoica, como en los textos bíblicos. No es, entonces, extraño que los adeptos del neoestoicismo, como Francisco Sánchez de las Brozas, hagan un encendido elogio del silencio y evoquen en armoniosa conjunción diferentes anécdotas de la Antigüedad grecorromana por un lado y distintas citas bíblicas por otro. Estas son las palabras del Brocense:

Lo primero se ha de tener cuenta con la lengua y el silencio, porque dice Salomón: “en las manos de la lengua está la muerte y la vida”. En el Eclesiastés se dicen grandes cosas de la lengua y silencio, y los libros están llenos de esta doctrina con muchos ejemplos; haríase gran libro, si todo lo huviésemos de decir. Simónides solía decir: “de aver hablado alguna vez me pesó, pero de aver callado, nunca¹¹.

También Diego López, comentando los emblemas 11, 12 y 13, hace un encendido encomio del silencio, muy en la línea neoestoica del Brocense. Como es habitual en el exegeta valentino, explica los emblemas de Alciato con gran profusión de citas y *exempla* traídos tanto de los textos clásicos como de los sagrados, intercalando entre tal acopio de referencias algunas reflexiones o *sententiae* de propia cosecha que vienen presentadas como conclusiones necesarias de las citas. Así dice, haciendo hincapié en la virtud del silencio:

Tres emblemas hace Alciato al silencio, aunque con diversas pinturas, y es tan gran virtud el callar que me espanto cómo Alciato no las puso primero, porque es la principal; y aunque la emblema es pequeña, es muy grande en doctrina... porque ¿qué más se puede alabar ni encarecer que dezir que encubre al necio el callar?... El hablar poco muestra gravedad y el hablar mucho descubre gran necedad, ignorancia y poca prudencia¹².

11. F. Sánchez, *Op. Cit.*, p. 564.

12. D. López, *Op. Cit.*, ff. 47r-48v.

Y, en claro contraste, si el silencio es una virtud loable, su contrario la charlatanería resulta digna de reprensión. Ése es el contenido moral que se desprende del emblema 19: *Prudens magis quam loquax* (“Prudente más que charlatán”). Como Alciato ilustra tal emblema con los ejemplos de la lechuza y la corneja, siendo la primera ave el paradigma de la prudencia y la segunda la imagen viva de la charlatanería, Diego López traslada la moralidad del emblema al plano de las mujeres, deduciendo que a la mujer, en este caso a las criadas, más le conviene ser prudente que “parlera”. Así lo expresa:

En desechar Minerva de su servicio la parlera corneja y recibir en su lugar la lechuza, significa que las donzellas no solamente no han de ser bachilleras ni amigas de conversación, pero que no han de admitir en su servicio criadas amigas de hablar, porque del mucho hablar vienen a perderse¹³.

Entroncamos, por tanto, esa exhortación al silencio femenino con la pretendida misoginia del estoicismo. En efecto, aunque en el plano teórico los estoicos reconocieron a la mujer igual disposición para la *areté* que la del hombre, no trasladaron a la práctica tal teoría y, así, la Estoa se caracterizó por un talante claramente varonil¹⁴; y mientras que a la escuela epicúrea pertenecieron muchas mujeres, ninguna siguió las lecciones de Zenón. Las mujeres, en palabras de Epicteto, deben fundar su virtud en la “prudencia y el recato”¹⁵; de ahí que El Brocense, comentando el capítulo cuarenta del *Manual* de Epicteto, critique las malas costumbres de algunas mujeres que más miran por su belleza corporal que por su hermosura interior, centrandó además su censura contra la estupidez del hombre que se deja seducir por la belleza física de la mujer antes que por su honestidad. La mujer, al ver que el hombre sólo valora su hermosura corporal, se decanta por la frivolidad de los “afeites” antes que por la virtud y el recogimiento:

13. D. López, *Op. Cit.*, f. 73v.

14. Cf. M. Pohlenz, *Op. Cit.*, I, p. 140.

15. Epicteto, *Manual* 40.

Dice pues Epicteto que, porque los hombres no conocen su dignidad y porque más miran a la hermosura de las mugeres que no la virtud, se dejan vencer y cautivar y pierden el ser de hombre y hacen con esto tanto mal que ellas no tratan de otra cosa principalmente que de afeitarse y parecer hermosas, y en eso ponen todo el cuidado y eficacia. Todo lo echarían a mal, si entendiessen que por la sola virtud y recogimiento avían de ser requestadas y buscadas¹⁶.

También Diego López, al hilo de los comentarios a algunos de los emblemas de Alciato, revela cierto sentir misógino muy acorde con el neoestoicismo del barroco español, tal y como podemos leer, por ejemplo, en Quevedo. Así, en sus comentarios al emblema 79 habla de

la viciosa delicadeza de algunas matronas nobles, las cuales para adornar y polir sus cuerpos, usan de algunas pieles de animales y de mucho almizque, el cual ya no solamente traen las señoras principales, pero anda tan común que ellas no lo avían de traer¹⁷.

Asimismo, el emblema 90 (*Ocni effigies de iis qui meretricibus donant quod in bonos usus verti debeat*: “La imagen de Ocno, sobre aquellos que regalan a las prostitutas lo que deberían gastar en buen provecho”), que parece dirigido contra los hombres que se gastan sus dineros en prostitutas, es interpretado por Diego López en un sentido machista y misógino. En efecto, acordándose de las palabras de su Maestro El Brocense, arremete contra las mujeres gastosas que sólo se preocupan de gastar los sueldos de sus maridos en galas y afeites:

Quiérenos dar a entender Alciato cómo algunas mugeres gastan y consumen en galas y afeites lo que los maridos ganan y trabajan, y de tal suerte que aunque los pobres maridos trabajen de noche y de día, nunca tienen un real ni ay para ellos una capa, y ellas procuran andar bien vestidas, afeytadas y compuestas¹⁸.

16. F. Sánchez, *Op. Cit.*, pp. 576-577.

17. D. López, *Op. Cit.*, f. 218r.

18. D. López, *Op. Cit.*, ff. 239r-v.

Pero, en realidad, la filosofía neostoica no se caracteriza por misógina, sino por valorar en la mujer más la honestidad que la hermosa: “más se ha de estimar en la muger la honestidad que la hermosa”¹⁹, titula El Brocense el capítulo XLVI de Epicteto; lo mismo advierte Diego López a aquellos que anden buscando esposa:

Y el que ha de buscar muger, búsquela ... que sea conocida por la buena fama de honrada, virtuosa, prudente y recogida, y que por la hermosura apenas aya quien pueda dezir si es fea o hermosa, porque es señal que vive recogida y honestamente, que es gran virtud en la muger, y que excede a todo género de riquezas²⁰.

Y es que, si nos centramos en la famosa dicotomía humana cuerpo-alma, el estoicismo da preeminencia al alma, a la mente, a la capacidad racional del hombre, a la vez que posterga el cuerpo a un segundo plano, pues el sabio sólo se ocupa del cuerpo marginalmente, como nos dice Epicteto en su *Manual*:

Señal es de incapacidad natural pasarse la vida ocupado en las cosas concernientes al cuerpo, como en hacer mucha gimnasia, comer mucho, beber mucho, evacuar mucho, copular mucho. Estas cosas se han de hacer, más bien, accesoriamente; dedíquese, en cambio, a la mente toda la atención²¹.

Este cultivo de la mente y de la razón nos acerca, en la mentalidad estoica, a Dios y nos hace hombres libres, mientras que el solo cuidado corporal nos asemeja a los seres irracionales y nos convierte en hombres esclavos de nuestras pasiones. El Brocense lo explica bien:

Por tanto, dice Epicteto, que es tontedad y locura tener tanta cuenta con la salud y egercicios del cuerpo, dejando los egercicios del ánimo, que son paciencia,

19. F. Sánchez, *Op. Cit.*, pp. 576.

20. D. López, *Op. Cit.*, ff. 450v-451r.

21. Epicteto, *Manual* 42 (traducción de J.M. García de la Mora). En este caso no ofrecemos la traducción del Brocense, porque el humanista “maquilla” los términos obscenos “evacuar mucho, copular mucho” por los más decentes y decorosos “mucho passear a pie o a caballo”.

tolerancia y desnudarse de los mundanos afectos... Pero diráme alguno: ¿es posible que hemos de dejar el cuerpo y su cuidado del todo y siempre cuidar del ánimo? ¿Y que no hemos de tratar de sanidad, ni de conservación del cuerpo? Responde Epicteto y dice que no quita el que no se hagan esas diligencias, sino que se hagan de passo y como de camino, pero no para hacer morada en ellas y poner en ellas más cuidado que en las otras²².

Pues bien, esta doctrina neoestoica que transmite El Brocense la recoge muy fielmente Diego López en el correspondiente comentario al emblema 187 de Alciato, cuyo lema es *Mentem, non formam plus pollere*: “Más vale el saber que la hermosura”:

Quadra esta Emblema contra algunos mançebos y aun contra algunos viejos gallardos y bien dispuestos y que gastan todo el tiempo en aderezarse y pulirse, y no tienen otra cosa ni son de otro provecho... También se puede entender de algunas mujeres que todo su cuidado tienen puesto en pulirse y afeitarse y no saben hazer en sus casas cosa que sea de provecho... Podemos entender esto contra aquellos que tienen dignidad y hermosura en el cuerpo y no tienen industria de ánimo²³.

Otro asunto del que se ocupa la filosofía estoica es el tema de los agüeros y la adivinación. En cuanto a los agüeros o presagios de las aves, mientras que los griegos se orientaban hacia el norte cuando querían interpretar lo que presagiaban las aves, los romanos lo hacían hacia el sur; resultado así buenos presagios los de los vuelos y cantos percibidos por el lado izquierdo y malos los percibidos por la derecha. Epicteto, en cambio, y el estoicismo en general, dada la distinción que hace entre las cosas que dependen de nosotros y las que nos son ajenas, confieren muy poco valor al tema de los presagios, porque tales agüeros, en el fondo, no pueden afectarnos “en nosotros mismos”, es decir, son completamente ajenos al libre albedrío de cada uno de nosotros²⁴. El Brocense, en el

22. F. Sánchez, *Op. Cit.*, p. 578.

23. D. López, *Op. Cit.*, f. 435v.

24. Epicteto, *Manual* 18.

comentario que hace al respecto, insiste en ello y añade además que tales prácticas son condenadas por el cristianismo:

Los antiguos tenían mucha fe en los agüeros, porque decían que Dios mostraba su voluntad por muchos instrumentos. Pero esto ya está prohibido entre Christianos. El sabio no ha de tener solicitud de qué será mañana o qué mal agüero será, qué me dice el Cuervo, porque ni a él le toca por ser cosa externa, ni ya que le tocasse, les puede evitar. Estemos con lo que dice S. Pablo: “a los que aman a Dios, todo se les convierte en bien”²⁵.

Otro tanto ocurre con la mántica o adivinación. Para el estoicismo se trata de una actividad mediante la cual el hombre puede sacar provecho de la previsión divina; es entendida, entonces, como la facultad de conocer, observar y explicar las señales que los dioses nos envían. La Estoa, así, justifica tanto la mántica natural, aplicada a los sueños y a las inspiraciones (explicable por la afinidad del alma humana con el *logos* divino), como la mántica artificiosa o artificial, que descubre la voluntad divina observando el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas o por otros diferentes medios²⁶. Epicteto, por su parte, afirma que es lícito para el sabio-filósofo acudir a los adivinos, siempre que haga un uso bueno y honesto de la mántica:

No lloves, por tanto, cuando vayas al adivino, deseo ni aversión, ni tampoco te acerques a él temblando, sino convencido de que todo lo que haya de suceder es indiferente y nada te atañe²⁷.

En efecto, según el estoicismo, todo lo que haya de suceder por la providencia divina está fuera de nuestro alcance, no depende de nosotros y nos es “indiferente” (*adiáphoron*), pues no contribuye ni a la felicidad-libertad ni tampoco a la infelicidad-servidumbre. No obstante, aunque el estoicismo admitía este buen uso de la adivinación, pronto la razón irá desautorizando estos medios adi-

25. F. Sánchez, *Op. Cit.*, p. 547.

26. Cf. M. Pohlenz, *Op. Cit.*, I, pp. 106-108.

27. Epicteto, *Manual* 32.2.

vinatorios y así el retórico y filósofo galo-romano Favorino, coetáneo de Arriano y de tendencias escépticas, además de refutar la gnoseología estoica, pronunció un duro ataque contra los astrólogos y adivinos, de quienes afirmó, según cuenta Gelio, lo siguiente:

Anuncian futuras adversidades o prosperidades. Si anuncian prosperidades y se equivocan, serás desgraciado por ver frustradas tus expectativas; si anuncian adversidades y mienten, serás desgraciado por tus vanos temores; pero si responden la verdad y ésta es desfavorable, ya desde ese mismo momento serás desgraciado anímicamente, aun antes de serlo por disposición del destino. Si te prometen sucesos venturosos y éstos han de cumplirse, entonces te surgirá un doble inconveniente: la expectación por lo que esperas te tendrá en suspenso y te atormentará, y la espera marchitará antes de tiempo el fruto de tu futura alegría. Por consiguiente, de ningún modo hay que acudir a esos individuos que presagian el futuro²⁸.

El Brocense, directamente, califica a la adivinación como mera superstición, de lo que se desprende que no concedía ningún crédito a tales prácticas; asimismo, las considera heréticas y piensa que el cristiano no debe acudir a esos métodos, pues ya en la Antigüedad Dios ordenó la prohibición de la adivinación y para tal cometido concedió a los judíos la figura de los profetas:

Los antiguos eran tan dados a la superstición, que ninguna cosa trataban sin agüeros y esto tenían por suma religión. Tenían por muy cierto que Dios significaba por señales su decreto y así tenían sacerdotes que adivinaban por las aves y estos se llamaban *Auspices* y *Augures*; otros miraban las entrañas y intestinos de las reses, llamados *Extispices*. Tenían *Geomantia*, *Sideromantia*, *Aeromantia*, *Chiromantia* y mil otras cosas a este tono; y la peor y que más creían era la *Necromantia*, que era resucitar a los muertos y preguntarles cosas venideras. Y porque los Egipcios eran muy dados a estas cosas, mandó Dios en la ley vieja

28. Gell. 14.1.36.

que no pudiessen tratar desto los judíos, sino que en sus dudas se fuessen a los Profetas, a los cuales llamaron *Videntes*²⁹.

Diego López, que conjuga el estoicismo con el cristianismo al modo de su maestro El Brocense, fustiga a los llamados Astrólogos, que no son otros que los adivinos. Tales comentarios los hace al hilo de cuatro emblemas de Alciato (100, 101, 102 y 103), concluyendo que la adivinación es una suerte de engaño y de jactancia:

Son reprehendidos los Astrólogos, los cuales pensando que escudriñan y penetran las cosas celestiales, no saben ni alcanzan las cosas que están muy cerca y, no sabiendo las cosas presentes, se glorian y alaban que saben las futuras³⁰.

3. CONCLUSIONES

Hemos seleccionado, en fin, unos cuantos textos de la traducción comentada que el Brocense hizo del *Manual* de Epicteto y los hemos relacionado y comparado con algunas de las ideas morales que Diego López incluye en su *Declaración magistral* de Alciato, llegando a la conclusión de que tales conceptos morales provienen en su mayoría del pensamiento neoestoico con el que el Brocense reviste sus comentarios a Epicteto. Diego López, por tanto, fiel discípulo del Brocense, no sólo utiliza los *Commentaria in Andreae Alciati emblemata* de Sánchez de las Brozas, sino que también se sirve de su *Doctrina del filósofo Epicteto*: esta combinación de erudición y moral neoestoica es la nota que caracteriza la *Declaración magistral* que el humanista valentino Diego López publica sobre los *Emblemas* de Alciato.

29. F. Sánchez, *Op. Cit.*, p. 563.

30. D. López, *Op. Cit.*, f. 266r.